

MAD MADGE

Margaret se miró al espejo mientras la sirvienta le peinaba sus largos cabellos castaños. Era su boda y se suponía que debía estar alegre, pero no conseguía mantener la sonrisa más de cinco segundos. Sentía que aquel matrimonio no debía producirse, pero el honor le llamaba primero. Debía contraer matrimonio para honrar a su familia, aunque su esposo tuviera treinta y un años más que ella.

-Señorita Lucas -dijo la criada- Ya está terminado, ahora debo llamar a Sophie, ella le pondrá el vestido.

Margaret asintió y la observó marcharse por el largo pasillo de aquella casa.

El día pasó lentamente. Quería a toda costa salir de allí, ya no podía ni mirar a su esposo William. Temía que, al hacerlo, descubriera toda la verdad y le mandase degollar.

Se entretuvo mirando la naturaleza, cómo las hojas caían lentamente de sus árboles, los diferentes sonidos de los animales...

Decidió que, desde aquel momento, iría todas las noches a la gran biblioteca de William y estudiaría aquellos fenómenos. Necesitaba conocer más.

Durante veinte años se instruyó en cualquier campo científico al que tenía alcance. Con cuarenta años, decidió enviar una carta a la Royal Society de Londres.

Margaret se encontraba en la casa de su hermano Charles, era la única mujer en aquella cena. Estaba apartada de todos los hombres, mirando fijamente a su plato y agudizando el oído para escuchar sus conversaciones. Hablaban de filosofía natural, Margaret recordó un pequeño libro que había escrito una tarde de lluvia. Aquel día había acabado con la mano casi negra de tinta, escribió durante casi cinco horas seguidas. También recordó alguna conversación que había tenido con Charles sobre el tema, él admiraba su capacidad de comprender y analizar lo que le rodeaba, y, por eso, cuando Margaret tenía veinticuatro años, él le advirtió:

-Madge -Charles la tomó de las manos mientras sus ojos brillaban con cariño- Sabes que te aprecio, ¿verdad?

Margaret le miró.

-Lo sé, Charlie, pero sigo sin entender...

-Shh -le cortó- Déjame hablar, hermanita -hizo una pausa, observándola largamente- Los hombres del mundo exterior, tu esposo William, sin ir más lejos, no son como yo. Ellos no creen que una mujer deba poseer tales conocimientos.

-¿Y? -dijo Margaret.

-Prométeme una cosa, Madge, nunca. Repito, nunca. Hables de esto con ningún hombre. ¿De acuerdo?

Margaret asintió con la cabeza y esbozó una tímida sonrisa. Charles la abrazó con fuerza y le besó la frente.

Margaret volvió a la realidad y observó cómo los hombres trajeados sentados en la mesa hablaban cada vez con un tono más alto. Ahora no le costaba nada entender lo que decían. Escuchó atentamente y, de un joven apuesto sentado en el lado opuesto de la mesa, oyó una insensatez sobre la filosofía natural.

Sin tener tiempo a sopesar las consecuencias, Margaret se alzó de su silla y gritó:

-No.

Todos y cada uno de los hombres allí presentes tornaron sus rostros hacia ella con curiosidad.

Margaret les explicó durante lo que parecieron eones, que lo que había dicho aquel hombre no era correcto, diciéndoles citas de diferentes libros que anteriormente había consultado.

Algunos de ellos murmuraban entre sí, enfadados, llamándole cosas como *Mad Madge* (en inglés, Madge -o Margaret- loca), mientras que, otros se quedaban perplejos ante aquella sabiduría por parte de una mujer.

Cuando finalizó, observó a Charles. Sus ojos estaban fijos en Margaret, tenía el semblante serio, lo que no daba ninguna pista de sus sentimientos. A pesar de todo, Margaret sintió orgullo por haberse atrevido a contrariar a un hombre.

Cuando la cena hubo acabado, Margaret se alejó para retirarse a su antigua habitación. Se le acercó un muchacho al que no conocía de nada.

-¡Señora Cavendish! -exclamó. Se pasó la palma de la mano por su sudorosa frente antes de continuar- Mi nombre es Johan, miembro oficial de la Royal Society de Londres -le enseñó un extraño símbolo pinchado en el cuello de su camisa- Hemos recibido su carta y... quieren hacerle una entrevista. Ver de qué es capaz.

Margaret sonrió, conforme, nunca se había sentido mejor.

-¿La veo mañana en Londres a las cinco de la tarde, para tomar un té y hablar? -inquirió Johan.

Ella asintió.

-Hasta mañana pues, señora Cavendish -Johan le hizo una rápida reverencia y se marchó por donde había venido.

Margaret corrió a contárselo a Charles, quien le abrazó fuertemente y se enorgulleció por ella.

-Madge, las reglas no son lo tuyo -dijo, mientras le acariciaba una mejilla.

Margaret se rió.

-Tengo que decirte algo -repentinamente, su semblante se volvió serio y preocupado- Ayer me llegó una carta. Voy a alistarme al ejército.

Margaret dio un paso atrás y miró a su hermano con profunda tristeza.

-¿Por qué te pones así? -preguntó él- No es para tanto.

Ella no sabía qué hacer, si llorar, enfadarse o abrazarle como nunca lo había hecho. Se decantó por la última opción, le rodeó con sus brazos y apoyó la mejilla en su torso.

-Podrías morir -dijo, las lágrimas aflorando ya de sus ojos.

Dos años después de haber enviado la carta, Margaret fue admitida en la Royal Society de Londres. La primera mujer en toda la historia.

Ella no cabía en sí de alegría, nunca, ni en sus mejores sueños, había llegado a imaginar aquello.

A partir de aquel momento, Margaret no dejó de escribir. Lo hizo sobre filosofía natural, astronomía, ciencias en general. Cuando, por fin, publicó su primera novela poniendo su nombre real (cosa que la sociedad no veía bien por parte de las mujeres), fue criticada hasta la saciedad. Pero eso no hizo que dejara de intentarlo, es más, escribió con más ahínco cada vez.

En 1666, Margaret consiguió terminar y publicar una novela de ciencia ficción, llamada *The Description of a New World, Called The Blazing-World*.

Trataba sobre un mundo en otro universo al que se podía llegar a través del Polo Norte. En cierto modo, Margaret se sentía identificada por la mujer protagonista de la novela, el

personaje conseguía gobernar a una raza de animales parlantes para invadir su mundo de origen, de alguna manera, algo en aquella joven le hacía recordar su propia vida.

Margaret se encontraba tumbada sobre un gran sofá de una de las mansiones de William, con un libro en su regazo pero sin posar los ojos en él. Estaba perdida en sus pensamientos mirando por el gran ventanal de la estancia. Había tenido una vida muy ajetreada, se dijo, tenía que descansar un poco, tan sólo un poco. Margaret bajó la guardia por primera vez en su vida, dejó de pensar y preguntarse cuestiones sobre el mundo, tan solo se limitó a cerrar los ojos y dejar su mente en blanco.

Y, en ese mismo instante, una mano fría le agarró firmemente y le sacó de aquél mundo. La mano de una criatura encapuchada a la que todos tememos, pero, aun así, todos la tomaremos tarde o temprano.

La mano de la muerte.